

Jorge Carrión, *Barcelona. Libro de los pasajes*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, 340 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.9.2018.XCVIII-CII>

En 2013 llegaba a las librerías el homónimo y celebrado ensayo de Jorge Carrión. Allí, a partir de un movimiento centrífugo, el autor escribía una vuelta al mundo en la que erigía a la ciudad y a la literatura en personajes principales. En 2017, manteniendo a sus protagonistas pero fruto ahora de un impulso centrípeto, publica *Barcelona. Libro de los pasajes*; una obra en la que, a lo largo de más de trescientas páginas, cartografía la urbe que le da título mediante una sucesión de fragmentos de composición propia y la serie de citas con las que los va engarzando. Carrión, un autor que ha hecho del viaje la razón de su escritura, transita en esta ocasión su propia ciudad, como aquellos parisinos que a decir de Walter Benjamin hicieran de París la cuna del *flâneur*: “He viajado sin salir de la ciudad donde vivo, sí, he viajado hasta los confines de esta metrópolis llamada Barcelona” (10).

El descubrimiento del pasaje, del primero de su colección, fue azaroso y sobrevino poco después de la mudanza a Barcelona. Recordemos rápidamente que el autor nació en Tarragona y pasó su infancia en Mataró. Estudió Humanidades en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, donde, tras licenciarse, también siguió los cursos de doctorado. Durante esa etapa viajó por Europa y América, pero fue a su término, en 2002, cuando comenzó el verdadero periplo: Australia, Argentina, Bolivia, Perú, Chile, Uruguay, Brasil, Estados Unidos, Alemania, también España, lugares todos presentes en sus obras viajeras —*La brújula, La piel de La boca, Australia. Un viaje, Crónica de viaje*— o en los que estas fueron escritas. En 2008, instalado por fin en la ciudad de los prodigios, la novedad de los edificios, de las calles, de los trayectos cotidianos le brindó la feliz casualidad del encuentro con el pasaje Manufacturas, del recuerdo literario y de la curiosidad que dieron paso más tarde a la búsqueda y a la errancia.

El pasadizo físico activa al instante los mecanismos de la memoria libresca y biográfica del paseante, que evoca acto seguido a André Breton y su *Nadja*, a Benjamin y sus obsesiones, a París, en una palabra: “De regreso a casa busqué en internet y encontré menciones a otros pasajes del centro histórico. Los visité. Los caminé. Los fotografié. Comencé a

estudiarlos. De pronto prestaba atención a algo que hasta unas semanas antes me era totalmente remoto y ajeno” (56). No será hasta 2011, sin embargo, cuando comienza la redacción del libro, tarea que —compaginada con el trabajo de campo— se prolongaría hasta 2016. En ese tiempo, y también de modo imprevisto, el hilo invisible que conecta vida y escritura bajo el signo del viaje se entrelaza con otro que parece haber hilvanado toda la existencia del autor pues, haciendo memoria, recuerda que en La Boca, en Buenos Aires, habitó un pasaje; y más tarde, en una sobremesa familiar, averigua que sus padres también lo hacían cuando él nació: un pasaje sin nombre en Tarragona.

Hay pasajes, así pues, innominados, pero ello no les resta fuerza polisémica. El paseante, que en este libro deviene pasajista o pasajerista —el autor insiste en que no hay consenso respecto al término adecuado—, juega con todas sus acepciones y connotaciones. Para él, espigo algunas imágenes, son “portales temporales”; “lugares fronterizos”; “pasadizos, hipervínculos, túneles, atajos, rodeos”; “una transición”; “detalle de la ciudad moderna”; “nota a pie de página”; “el lugar donde se vende al detalle, espacio minorista, santuario de la atención” (18-19). Escenario privilegiado, acaso, desde el que tejer y leer la ciudad.

Igual que sobre el mapa un entramado urbano admite múltiples y variadas posibilidades de exploración y representación, el círculo, el diálogo o la red pueden ser reconocidas como la estructura que subyace a estos pasajes. El libro consta de 227 fragmentos, numerados de 0 a 226, y justamente los que se extienden bajo estas dos cifras corresponden a un par de citas de Walter Benjamin que se dan la mano en su extremidad, abriendo la puerta a recomenzar cuando parece que el texto llega a su punto final. Por otra parte, si esto es así y palabras ajenas abren y cierran respectivamente el libro es porque, como ya se ha mencionado, entre ellas se suceden los textos de creación propia —que corresponderían a los fragmentos impares— y las citas —fragmentos pares—, dando como resultado una estructura binaria.

Por ello, la presencia benjaminiana que propicia la estructura circular constituye también un diálogo. La obra es en cierto modo una respuesta del de Mataró a una pregunta que le inquieta: ¿por qué el filósofo, que pisó Barcelona y habla de ella en su cuento “El Pañuelo”, no escribió una línea sobre los pasajes de la ciudad mediterránea? Carrión elucubra, y finalmente opta por el desconocimiento como respuesta: “No quiso el azar que reparara en los pasajes barceloneses, porque si los hubiera visto probablemente habría dejado constancia de ello” (13). Así, en su réplica,

el escritor ajusta cuentas con la historia y la literatura y eleva a Barcelona a musa de los pasajes y, por extensión, aunque no explícitamente, a capital del siglo XXI.

No obstante, la conversación se amplía con la incorporación de muchos otros interlocutores. De hecho, y aunque alejado de la sistematicidad, Carrión elabora una genealogía pasajista o pasajerista, encabezada nada más y nada menos que por Miguel de Cervantes Saavedra, quien puso a su Quijote a pasear por la geografía española; hazaña que, como es sabido, le debemos a su afición a leer “aunque sean los papeles rotos de las calles”. En esta tradición de “paseantes sin desmayo” y “lectores urbanos” le interesan especialmente aquellos que han retratado Barcelona en sus dietarios. Destacan, por ello, el pionero Rafael D’Amat y su epígono Josep Pla, quien se dedicó “a mapear esta ciudad no sólo desde la representación topográfica, sino también desde las pisadas, las conversaciones de bar, las asambleas de vecinos; a documentar Barcelona casa por casa, calle por calle, barrio por barrio; a convertir la metrópolis en un sistema orgánico, en una enciclopedia que se pudiera leer” (255). Con citas como esta comprendemos que, al hablar de los pasajeristas que le precedieron, el autor lo hace también de su propia gesta. Con Pla, en concreto, le une el afán de dar con el texto o tejido que haga legible el territorio urbano. “Y las ciudades se leen” (40), escribe Carrión, y la reminiscencia textil simboliza la urdimbre textual al tiempo que caracteriza a la ciudad como un cuerpo orgánico, una maquinaria en funcionamiento, una acumulación de texturas superpuestas.

A pesar de que numerosos cronistas y escritores hayan contado Barcelona; o de que autores de la talla de Poe, Baudelaire, Cocteau o Cortázar hayan engrandecido el oficio relatando cualquier rincón del mundo que habitaran, Carrión encuentra en los pasajes la grieta para hacer suya la ciudad y darle una experiencia y una voz propias. Aspira a la totalidad a través de su renuncia, consciente de que solo puede contar la urbe mediante fragmentos. Sobre el plano, esos fragmentos son los pasajes —el mapa interactivo realizado por Jordi Brescó para *Altair Magazine* lo ilustra a la perfección. Y los pasajes en este libro, como vamos viendo, son físicos, pero también son la metáfora de la red tejida entre espacios y temas. He ahí la estructura reticular: sería posible reproducir el itinerario de Carrión en Google Maps y la imagen resultante sería la de una madeja enredada.

Con todo, no es la primera vez que el autor hace escala en Barcelona. En el estudio introductorio a su antología *Madrid-Barcelona: literatura y*

ciudad (1995-2010), esboza una brevísima historia del que es hoy su lugar de residencia. Era 2009. En 2015 se edita *Barcelona: Vagabundos de la chatarra*, una crónica, exponente del periodismo gráfico, escrita por él y dibujada por Sagar. En ella se ofrece una visión de la metrópolis precaria, de sus márgenes y miserias. En esta misma línea de yuxtaponer los distintos estratos de una ciudad como se suceden las viñetas en un cómic, *Barcelona. Libro de los pasajes* tampoco persigue enseñar una postal idealizada. Junto al relato de la historia de la localidad y de su urbanismo, destaca el tratamiento de temas como el ecocidio o la turistificación, amenazas de la urbe del siglo XXI que, como leemos “no existiría sin su dinámica íntima: destruir y construir, construir y destruir” (291). Con el planteamiento de interrogantes como ¿de quién es la ciudad? o ¿para quién ha de estar preparada? se demuestra un total apego a la actualidad de la capital catalana. Y es que, frente a la mirada aérea del narrador omnisciente, lo que prevalece aquí es la mirada a pie de calle de la crónica, del dietario, de la poesía incluso. Las fotografías que acompañan al texto, tomadas por el paseante narrador, refuerzan esta perspectiva.

Gracias a la regla autoimpuesta de hablar de los pasajes, de quienes nacieron, vivieron, trabajaron o crearon en ellos, el autor afronta una reconstrucción muy personal del espacio y su historia. De este modo, en su libro se encuentran las personalidades que han residido en galerías y callejones desde el siglo XIX —comerciantes textiles, impresores, librereros, escritores, políticos, pintores, fotógrafos, arquitectos— con las personas anónimas, cuya historia nunca saldrá en ninguna enciclopedia. Esto sucede en el nivel creativo —el de los pasajes impares—, en el que el paseante lo mismo se entrevista con el premio Cervantes Eduardo Mendoza que con un vecino recién conocido que relata los problemas del barrio y denuncia el estado de desatención y abandono que acusan ciertos pasajes. Y ocurre también en el nivel intertextual —el de los pares—, donde, por poner un ejemplo, las cartas de Joan Miró se intercalan con sucesos cotidianos extraídos de las hemerotecas de periódicos locales de principios del XX.

En conclusión, *Barcelona. Libro de los pasajes* asume el método benjaminiano del montaje literario, prefiriendo mostrar a contar; incentiva, como cada fragmento de Italo Calvino en *Las ciudades invisibles*, una doble reflexión sobre cualquier urbe concreta y sobre su noción abstracta. Es, en definitiva, un libro de pasajes narrativos, aforísticos, ensayísticos, líricos, que conforman una ciudad palimpsesto al encontrarse bajo una mirada polifónica con todas las voces que la han narrado previamente. En

las primeras páginas, Carrión promete dos noticias que solo desvela al final. La buena es que Barcelona sigue siendo, como en sus orígenes, una ciudad de ciudades; la mala que, en tanto que metrópolis del siglo XXI, es imposible de poseer. El hallazgo de Carrión en este libro, uno más del proyecto viajero que no deja de escribir, es constatar la inmensidad de Barcelona al tiempo que urde un tejido insólito que nos permite, al fin, leer la ciudad.

SHEILA PASTOR
Universidad de Salamanca
sheilap@usal.es